

Sumario

La riqueza que representa la exhortación apostólica Ecclesia in America puede generar una gran evaluación y proyección del trabajo pastoral en el continente. Una de las líneas fundamentales que marca el documento refleja el momento histórico que vivimos. La comunión y misión, son signos vivos de una Iglesia que solidariza con los más necesitados, ya que la Iglesia "debe vivir con los pobres y participar en sus sufrimientos", testimoniando así con mayor credibilidad el "amor infinito de Dios hacia todas las personas".

La Iglesia en América: comunión y misión

Prof. Mario de França Miranda, sj
Sacerdote de la compañía de Jesús, brasileño. Perteneció al equipo de reflexión del CELAM.

1. Introducción

Con la Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Ecclesia in America*, que recoge los frutos del Sínodo especial para la Iglesia de América, la Iglesia del Continente Americano ha recibido un valioso *incentivo pastoral* de parte del Papa Juan Pablo II. La riqueza de este documento, fruto de los innumerables temas abordados y por las líneas pastorales propuestas, impide una adecuada evaluación del texto en una sola exposición. Por lo tanto, no nos va a ser posible tratar todas las contribuciones, diferentes y valiosas, presentes en el documento. Esto nos obliga a escoger una línea de fondo, una perspectiva central, que ordene, estructure, vincule y sistematice el abundante material de esta Exhortación. En torno a esta columna vertebral habrá algunos temas que naturalmente enfatizaremos más que otros.

Sin embargo, este hecho no resta valor a nuestra exposición que *sólo pretende ser un estímulo para un debate posterior* sobre las opciones pastorales del CELAM a partir de esta Exhortación. En esa instancia ciertamente se podrán corregir los silencios y las lagunas de esta exposición.

Por otro lado, el *hilo conductor* de nuestra reflexión no ha sido arbitrariamente elegido ya que se fundamenta en el momento histórico que estamos viviendo. De hecho el Continente americano presenta actualmente características inéditas tanto desde el punto de vista socio-cultural como religioso, que lo distinguen claramente de otras regiones del mundo. Nos referimos a las múltiples etnias y a los diferentes grupos humanos que conviven en su seno (IA 32), al común substrato cristiano de su población (IA 14), al hecho de la mayoría católica de su población. Todo esto le confiere cierta originalidad al Continente Americano y, sobre todo, estimula su res-

ponsabilidad ante otras regiones del planeta, más secularizadas y víctimas de la indiferencia religiosa, o adeptas a otras religiones y creencias.

En la confluencia de todos estos factores ¿no habría, acaso, un llamado de Dios para que América viva su fe con mayor ardor y autenticidad, y para que tome mayor conciencia de su responsabilidad ante la humanidad? ¿Un llamado de Dios para que América haga saber al mundo, tan dividido en estos días, que es posible la convivencia pacífica de razas, tradiciones culturales, mentalidades y creencias religiosas? ¿Un llamado de Dios para que América, evangelizada por otros, retribuya la gracia recibida asumiendo su vocación misionera al servicio de la humanidad?

El llamado urgente de Juan Pablo II al convocar a la Nueva Evangelización, con el que intencionalmente quiso marcar un nuevo inicio de la actividad pastoral de la Iglesia, no se dio acaso precisamente en el Continente Americano (IA 6), debiendo por lo tanto, inaugurar una nueva etapa de la Iglesia en América? ¿No hay tras esta iniciativa del Sumo Pontífice un verdadero llamado de Dios? ¿No encontramos, acaso, una confirmación de este llamado cuando Juan Pablo II afirma que la Nueva Evangelización es "el tema de fondo" de las Asambleas Sinodales (IA 6)?

El *eje central* escogido por Juan Pablo II para la misión actual de la Iglesia será también el nuestro. No se trata de re-evangelizar (IA 6), sino de inaugurar una acción inédita, un programa nuevo "en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones" (IA 66). El Papa afirma claramente que su iniciativa se debe a "la singularidad y novedad de la situación en que se encuentran el mundo y la Iglesia" (IA 66). Y, podríamos añadir: este hecho pide de nosotros una conciencia nueva de nuestras riquezas y de nuestra responsabilidad. En el fondo, estamos hablando de un nuevo *proyecto eclesial* para América.

2. El punto de partida: El encuentro con Jesucristo vivo

Al afirmar que el encuentro con Jesucristo vivo es el camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América, la

Exhortación Post-sinodal retoma y valoriza un dato fundamental del Nuevo Testamento. El cristianismo nació del encuentro de los dos primeros discípulos con Jesucristo. Aún teniendo un conocimiento insuficiente de su persona, a la que sólo llegarían a conocer en plenitud después de su Resurrección por la acción del Espíritu Santo, los discípulos tuvieron con Jesucristo una experiencia de salvación que marcaría para siempre sus vidas. En palabras de Simón Pedro: "Señor, Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68).

Esta experiencia salvífica del encuentro con Jesucristo se irá explicitando a lo largo del Nuevo Testamento en una serie de verdades y prácticas que constituyen la fe cristiana. Imagen de Dios, comunidad de fieles, profesiones de fe, principios éticos, datos escatológicos, sentido de la creación y de la historia, son algunos elementos esenciales que determinan nuestra fe y que brotan de una experiencia más original.

Digámoslo con claridad: nuestra fe se apoya, en última instancia, en la experiencia de Dios que, a través de su Espíritu, nos capacita para creer en Jesucristo (1Co 12, 3). Esta verdad tendría que ser tomada más en serio en la actividad pastoral de la Iglesia frecuentemente más preocupada por las expresiones doctrinales, la planificación pastoral, los compromisos sociales. Todo esto es necesario, pero recibe su legitimidad, su autenticidad y aún su eficacia, de la experiencia salvífica de Jesucristo que es la fuente primera de las expresiones cristianas.

Nosotros podemos y debemos afirmar que la finalidad última de la misión de la Iglesia no es la de anunciar verdades salvíficas. Ni siquiera la de proclamar a Cristo Resucitado. Evangelizar significa, antes que nada, llevar a nuestros contemporáneos a un encuentro personal con Jesucristo (IA 68), hacia una experiencia personal de salvación, que nosotros ya hemos tenido y por eso mismo nos encontramos aquí reunidos. Esta experiencia es la que da solidez al compromiso cristiano, aunque se exprese con mucha sencillez, como lo atestigua la fe profunda presente en la religiosidad popular de América Latina. A veces, corremos el peligro de quedarnos en los medios y perder de vista los fines.

De esta afirmación se sigue que lo institucional debe estar al servicio de lo salvífico. Si no podemos prescindir de la enseñanza, de la administración, de la planificación, de la celebración, de la asistencia, de la responsabilidad social, entonces es fundamental que la experiencia salvífica de Jesucristo de la cual estas nacen, en la que se sustentan y hacia la que se orientan, esté siempre muy viva en la conciencia del pueblo de Dios.

De este hecho se deduce que toda pastoral tendría que ser mistagógica, que toda catequesis debería llevar "a la persona a abrazar a Jesucristo" (IA 69), que la oración esté presente "en las parroquias, en las comunidades y en el seno de los movimientos" (IA 29), que la pastoral juvenil capacite a los jóvenes "para encontrarse hoy día con Jesucristo vivo" (IA 47), que "la Eucaristía sea el lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo vivo" (IA 35), que "las experiencias de comunión episcopal" sean "entendidas como encuentro con Cristo vivo" (IA 37) y, sobre todo, que nos convenzamos que en esta experiencia primordial se encuentra "la fuerza transformadora" que desencadena "un auténtico proceso de conversión, de comunión y de solidaridad" (IA 8).

Esta experiencia salvífica de Jesucristo es la que justifica el contacto asiduo con la Sagrada Escritura, la que confiere sentido a la celebración litúrgica y fundamenta la opción preferencial por los pobres" (IA 12).

El encuentro con el Señor "transforma profundamente al ser humano que lo acoge" (IA 68), pues adherir a Cristo es acoger su existencia, "seguirle es vivir como El vivió, aceptar su mensaje, asumir sus criterios, abrazar su destino, compartir su proyecto" (IA 68).

Sin embargo, nosotros no logramos asumir de una vez la existencia de Jesucristo. De ahí que la conversión sea una tarea que se realiza en la vida cotidiana, guiada por el Espíritu Santo (IA 29), y un compromiso permanente del cristiano (IA 28). La conversión implica para los Pastores "una auténtica identificación con el estilo personal de Jesucristo", caracterizada por la simplicidad, la pobreza, la disponibilidad y la renuncia a los privilegios (IA 28).

3. Una proclamación activa del kerygma

El encuentro con Jesucristo vivo nos lleva a comunicar a los demás la experiencia salvífica que hemos tenido (IA 68). Este es “el punto de partida de este programa de evangelización” (IA 3). Con todo, la proclamación del evento salvífico de Jesucristo debe tener en el ardor y en el entusiasmo una característica novedosa. Acostumbrados a un catolicismo que en el pasado ha sido hegemónico, cuando la Iglesia y especialmente en América Latina, fue apoyada fuertemente por el contexto socio-cultural vigente, perdimos un poco aquella militancia activa, aquel espíritu de conquista, aquel ardor misionero que es propio de la fe cristiana.

En la actualidad la Iglesia está inserta en una sociedad pluralista, con múltiples fuentes de sentido que aparecen como compitiendo entre sí, relativizando y debilitando su mensaje. Además, el mapa religioso del Continente Americano presenta una variedad enorme de grupos religiosos, cristianos y no cristianos, algunos fuertemente proselitistas, que ejercen gran atracción entre muchos católicos. Aún más, podríamos añadir que la gran cantidad de discursos éticos y religiosos, que se escuchan en nuestros días, producen una profunda inseguridad en nuestros contemporáneos que carecen de certezas claras, no desechables, para estructurar sus vidas y construir su personalidad.

Al afirmar que en esta situación “la fe no puede darse por supuesta, sino que debe ser propuesta explícitamente en toda su amplitud y riqueza” (IA 69), la Exhortación Apostólica Post-sinodal pide un serio examen de conciencia a la Iglesia en América. No nos faltan actividades pastorales, discursos doctrinales, iniciativas asistenciales, celebraciones religiosas, promociones sociales. Por lo tanto, el problema no está en la cantidad sino más bien en la calidad de lo que hacemos. Podríamos hasta hacer menos: ¡lo importante será que lo hagamos con entusiasmo! La primera característica de la Nueva Evangelización está en el ardor con que esta se realiza y este es fruto de un encuentro personal con Jesucristo vivo!

Sin embargo, también hay que poner atención a lo que proclamamos. ¿Estaremos transmitiendo a la sociedad una Buena Nueva, un anuncio que provoca alegría y esperanza, un sentido último

que sustente a nuestros contemporáneos en la penosa travesía de esta vida llena de contrariedad y sufrimientos ¿No nos estaremos preocupando demasiado por los temas secundarios, los problemas administrativos, las tensiones normales entre grupos al interior de la Iglesia? ¿No cedemos, a veces, al moralismo y al juridicismo?

La Buena Nueva es Jesucristo, por lo tanto, "el núcleo vital de la Nueva Evangelización debe ser el anuncio claro e inequívoco de la persona de Jesucristo" (IA 66). Jesucristo es, pues, "la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida, a las interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del Continente Americano" (IA 10).

De ahí las palabras incisivas de nuestra Exhortación: "la Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre. Este es el anuncio que realmente sacude a los hombres, despierta y transforma los ánimos, es decir, convierte. Cristo ha de ser anunciado con gozo y con fuerza, pero principalmente con el testimonio de la propia vida" (IA 67).

4. Una Evangelización inculturada

Una de las grandes riquezas del continente americano consiste en la presencia de múltiples etnias y culturas en su territorio (IA 5). Y todos sabemos que la cultura es de una enorme importancia para el ser humano. Gracias a la cultura éste adquiere un lenguaje, concibe ideas, escoge patrones de vida, aprende a relacionarse con sus semejantes, a vivir sus afectos, su vida familiar, profesional, religiosa; en una palabra, logra ser hombre.

Vivimos en una cultura que nos ofrece un derrotero para que podamos incursionar en la realidad caótica. La Palabra de Dios trasciende las diversas culturas ya que no se agota en ninguna de ellas. Pero ésta será captada y entendida como Palabra de Dios sólo desde el interior de la cultura donde se encuentra quien la escucha. El Nuevo Testamento y la Historia de la Iglesia nos presentan el acontecimiento salvífico que es Jesucristo tal como ha sido captado y expresado a través de diferentes culturas, dando lugar a teologías, comprensiones y expresiones diversas de la misma fe.

La cultura no existe solamente en los conceptos, en las palabras y en los libros. Esta se encuentra inserta en la vida concreta, dictando nuestros comportamientos, orientando nuestra manera de vivir, provocando nuestras reacciones, justificando nuestras acciones cotidianas. La cultura es más acción que representación. La cultura es vida.

Desde el momento en que una cultura siente como extraña a la evangelización, ésta empieza a perder significado, y por lo tanto, deja de ser vital para los miembros de esa sociedad. De hecho estos, desde el interior de su cultura, no sólo dejan de entender el mensaje sino que ni siquiera pueden vivirlo como una realidad salvífica. El divorcio entre la fe y la vida no sólo brota del pecado; puede también ser un reflejo de la separación entre la fe y la cultura. Esto explica la afirmación rotunda de Juan Pablo II: "una fe que no se hace cultura es una fe que no ha sido plenamente recibida, no ha sido enteramente pensada ni fielmente vivida" (Carta al Cardenal Secretario de Estado, 25 de mayo de 1982).

Por esta razón, la Exhortación Apostólica insiste "que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y en la cultura de cuantos la escuchan" (IA 70). Esta afirmación se aplica primeramente a los grupos étnicos de América y, de manera especial, a los indígenas y a los afroamericanos (IA 16; 64). La Exhortación reconoce el valor de la religiosidad popular al afirmar que "la piedad popular es la expresión de la inculturación de la fe católica" (IA 16).

Por otra parte, la complejidad de la vida moderna ha ocasionado, sobre todo en las grandes ciudades, una pluralidad de subculturas que expresan, tanto en la mentalidad como en la vida, los diversos contextos vitales de cada uno, con sus desafíos específicos, sus valores propios, su respectivo lenguaje. Este es un elemento importante que problematiza la pastoral urbana.

Nuestro discurso doctrinal y nuestras prácticas pastorales son, en general, uniformes, homogéneas y monocolors. Y como nuestro auditorio es diversificado, nuestra proclamación puede ser irrelevante y poco atrayente para muchos, por no tocar su sub-cultura y, consiguientemente, sus condiciones más reales de vida. Hemos empezado a tener cierta conciencia de esta realidad: no oramos de

la misma manera en un asilo de ancianos que en una Misa de jóvenes. Sin embargo, debemos tomar más en serio la importancia de la cultura para la experiencia de la fe y elaborar mejor una pastoral diversificada, aún dentro del mismo país, respetando culturas regionales, clases sociales, grupos humanos específicos, para que todos puedan captar la riqueza del mensaje cristiano y sentir que la Iglesia los entiende, los respeta y los ayuda como Madre y Maestra.

Naturalmente en las culturas también habrá elementos provenientes de la limitación humana y del pecado. Actualmente lo sentimos especialmente en los maleficios de una cultura transnacional, marcada por el individualismo hedonista, por el culto a lo económico, por la opresión de la eficacia y de la productividad, que genera una multitud de excluidos y desemboca en revuelta y violencia que imposibilitan la convivencia social. La actual es una cultura que pretende prescindir del referente religioso, una cosmovisión secularista que tiende a relegar la fe al mundo de las ideas inocuas.

En este contexto no puede haber una inculturación de la fe sino más bien una evangelización de la cultura. La Exhortación Apostólica habla en este contexto de "una cultura de muerte", que elimina a los más débiles: los infantes aún no nacidos, los ancianos y enfermos incurables, los seres humanos marginados por el consumismo y el materialismo (IA 63). En consecuencia, tenemos que "promover una cultura de la solidaridad" (IA 52), -que seamos realistas- representa en la actualidad un gesto profético contra-cultural. De ahí la solicitud pastoral de la Iglesia que, ante la cultura dominante, se preocupa por la formación de la conciencia crítica entre los católicos.

5. Una Evangelización solidaria

El Sínodo de América ha continuado y confirmado el itinerario recorrido por la Iglesia de América Latina y el Caribe, tal como se encuentra expresado especialmente en las Conferencias Generales de Medellín, Puebla y Santo Domingo. La opción preferencial y no exclusiva por los pobres, a imitación de Jesucristo, es reafirmada con toda claridad (IA 58). Por lo tanto, "los pobres han de ser

considerados entre los primeros destinatarios de la evangelización” (IA 67).

La Iglesia “debe vivir con los pobres y participar en sus sufrimientos” (IA 58), testimoniando con mayor credibilidad “el amor infinito de Dios hacia todas las personas” (IA 18). En este contexto se entiende el llamado a los Obispos para que se abran preferentemente “a los más abandonados y excluidos” (IA 28). Y a los Presbíteros, para que asuman “una actitud de solidaridad con los pobres” (IA 39).

El sistema económico dominante, conocido como neoliberalismo, al considerar el lucro y las leyes del mercado como parámetros absolutos, hiere la dignidad de la persona humana y provoca la marginación de los más débiles, apoyándose en políticas y estructuras frecuentemente injustas (IA 56). La Exhortación *Ecclesia in America*, consciente de que el orden social en último término es producido por el mismo ser humano, recomienda la formación de la conciencia moral, especialmente la de los dirigentes sociales y un mayor énfasis en la formación ética de la clase política (IA 56). Este es, sin duda, un tema que merece la mayor atención de las Conferencias Episcopales.

En el mismo sentido, el documento enfatiza que la conversión a Dios implica también una conversión al hermano. La mística cristiana vive en tensión entre la interioridad y la solidaridad, sin poder renunciar a ninguno de esos dos polos. El amor al prójimo implica, por lo tanto, la promoción de mejores condiciones de vida para nuestros semejantes. Por eso se recuerda a los laicos el “deber de participar en la acción política según el Evangelio” (IA 27), y en consonancia con una *ética de la responsabilidad*.

El fenómeno de la globalización representa un nuevo desafío para la Iglesia del Continente. El texto procura considerarlo con un ánimo sereno, destacando sus consecuencias positivas como son el crecimiento y el aumento de la producción, pero también denunciando con claridad sus efectos destructivos tales como el desempleo, la destrucción del medio ambiente, la concentración de riquezas, el perjuicio a las naciones más pobres (IA 20). En ese sentido el texto propone una “globalización de la solidaridad” que sea capaz de promover una mayor integración entre los pueblos, fomente la cultu-

ra de la solidaridad y reduzca los efectos negativos de la globalización, tanto en el orden económico como en el cultural (IA 55).

6. Una Evangelización con la participación de todos

Sin lugar a dudas, una de las características más nítidas del Pontificado de Juan Pablo II ha sido, en la línea del Vaticano II (IA 66), la insistencia de considerar a toda la Iglesia como sujeto de la misión. La participación activa de los laicos en la vida de la comunidad eclesial, la conciencia de que también son evangelizadores, el hecho de que muchos de ellos se acerquen a la Iglesia buscando mayor formación, constituye un rasgo muy determinante de la fisonomía de la Iglesia católica en el continente americano.

El documento *Ecclesia in America* procura reforzar y desarrollar esta participación activa del laicado al recomendar a los Obispos que susciten en los laicos la conciencia misionera y los invite a compartir la acción pastoral (IA 36). Los Presbíteros, por su parte, deben acoger la colaboración de los laicos y saber trabajar con ellos (IA 41).

“La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos”, afirma incisivamente nuestra Exhortación Apostólica (IA 44). Es fundamental, por lo tanto, para el futuro de la Iglesia que los laicos reciban una adecuada formación espiritual y teológica ya que ellos evangelizan con el testimonio de sus vidas, cuando encarnan los valores evangélicos, así como por la proclamación de su fe en los ambientes donde viven (IA 44). Ya que “la actividad política también pertenece a la vocación y a la acción de los fieles laicos” (IA 27) y como se les recomienda que “asuman cargos de dirigencia en la sociedad”: “es necesario que sean formados en los principios y valores de la Doctrina Social de la Iglesia como en las nociones fundamentales de la teología del laicado” (IA 44). De este modo estarán mejor capacitados para trabajar “por la transformación de las realidades temporales” (IA 54).

7. Una Evangelización realizada en estrecha comunión

El anuncio de que Dios es comunión trinitaria y que la Iglesia es signo e instrumento de comunión, ya que los fieles participan de la misma vida de Cristo y en la misma actividad del Espíritu, lleva a esta última a trabajar por la unidad del género humano en un mundo dividido y deseoso de unidad. Esta comunión tendrá que realizarse en varios niveles (IA 33).

En primer lugar, la comunión entre los países americanos. La propuesta hecha por el Papa Juan Pablo II en la IV Conferencia Episcopal de Santo Domingo pretendía aumentar la cooperación entre las Iglesias particulares con el objetivo de que juntas pudieran enfrentar los problemas relativos a la justicia y a la solidaridad en todas las naciones de América (IA 2). Este tema ha sido retomado en la Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, al referirse a la enorme disparidad económica que existe entre el Norte y el Sur (IA 2).

En consecuencia, un objetivo importante para la Iglesia en América es el de “unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, al mismo tiempo, a partir de la misión religiosa que le es propia, incentivar el espíritu solidario entre todos ellos” (Palabras de Juan Pablo II en la apertura de la Conferencia General de Santo Domingo; IA 5). El cimiento de esta unidad se encuentra en “la común identidad cristiana” y en el empeño por promover “vínculos de comunión y de solidaridad” entre las diversas expresiones culturales” (IA 5).

En segundo lugar, la comunión entre la Iglesia en América y la Iglesia universal. En una humanidad donde el único Nombre por el cual podemos ser salvados (IA 4, 12), es aún desconocido por muchos, y donde las religiones no cristianas son mayoritarias en varias regiones del globo terráqueo, la Iglesia en América debe “permanecer disponible para la misión *ad gentes*” extendiendo su “ímpetu evangelizador más allá de las fronteras de este Continente” (IA 52).

Comunión entre las Iglesias Particulares de América. Este tema marca una nueva etapa en el caminar de la Iglesia de América

Latina y el Caribe, iniciado en las Conferencias Generales promovidas por el CELAM, y en el ámbito americano, por las Reuniones Interamericanas de Obispos. Se recomienda también realizar estudios y encuentros sobre temas como "el ecumenismo, la cooperación misionera, la educación, las migraciones y el intercambio pastoral" (IA 37). La Exhortación urge a compartir los bienes materiales y los dones espirituales, y a que los agentes pastorales estén disponibles "para trabajar donde sea necesario" (IA 52).

Comunión en la Iglesia Particular. Compete al obispo, con la cooperación de todos, "iniciar e incrementar el encuentro de todos los miembros del Pueblo de Dios con Jesucristo, en el respeto y promoción de la pluralidad y la diversidad que no obstaculizan la unidad, sino que le confieren el carácter de comunión" (IA 36).

Al concluir esta exposición me es grato traer a la memoria una afirmación de los Padres Sinodales que sintetiza magistralmente lo que en el Aula Sinodal escuchamos: "Es muy importante que la Iglesia en toda América sea signo vivo de una comunión reconciliada y un llamado permanente a la solidaridad, un testimonio siempre presente en nuestros diversos sistemas políticos, económicos y sociales. La comunión constituye una significativa contribución que los creyentes pueden ofrecer a la unidad del Continente Americano" (IA 32).

Que Dios nos ayude a todos, por intercesión de la Virgen de Guadalupe, a responder a sus llamados en este histórico momento. Y que la Iglesia en América, apoyada en la gracia de Dios, pueda realizar la misión que el mundo espera de ella y que el Espíritu le inspira.

Dirección del autor:
Rua Marqués de San Vicente, 293
22451-041 Río de Janeiro, R.J. - Brasil

359